

A los oficiales que tenían cogido al ministro les ordenó:

—Que su cabeza sea colgada de la verja del palacio, para que se sepa como son castigados los traidores.

Luego encargó al general de la guardia:

—Conduce á mi ministro, instálalo en el palacio del que va á morir y cuyos bienes le doy.

D'Ouessant dió las gracias al soberano y siguió á su gufa con una escolta de cincuenta guardias reales que el rajah destinó á su persona, y tomó posesión del edificio principesco. Detalle chocante.

El ministro tenía un harem y el viejo general dijo á d'Ouessant:

—Las mujeres os pertenecen así como el palacio y todos los bienes de vuestro antecesor.

D'Ouessant reunió á todas las mujeres legítimas ó esclavas y les dijo:

—A las esposas de mi predecesor les doy la libertad de retirarse y una pensión que les permitirá sostener su rango; emancipo á todas las esclavas, cada una de las cuales podrá llevarse cien rupias. Las que quieran quedarse pueden hacerlo; serán bien tratadas.

Ninguna quiso irse.

D'Ouessant rogó al general que colocara convenientemente en el ejército á los guardias del ministro, de los que hizo otros tantos oficiales, pues eran to-

dos ellos soldados escogidos; todo el personal doméstico fué libertado con gratificaciones y sustituido; el viejo comandante de la guardia real encargó á un intendente escogido por él que remontara la casa del ministro de nuevo.

D'Ouessant montó á caballo y salió de la ciudad, acompañado de sus cincuenta guardias, precedido de un heraldo de armas que tocaba la trompeta y anunciaba su dueño al pueblo; la ciudad festejaba á su héroe montado en Djirid, el pura sangre árabe de la reina de Mesorah.

Con su escolta d'Ouessant desapareció pronto entre los bosques de Akarnat, á media legua de la población.

El rajah se enteró de la partida, de la cual estaba muy preocupado, cuando vinieron á decirle que d'Ouessant el conduciría pronto un cuerpo de tropas europeas.

Aureng-Zeb montó á caballo, salió de la ciudad y corrió al encuentro de su ministro á quien encontró á la cabeza de un batallón de seiscientos hombres, de ellos un centenar boers, y el resto reclutado entre los numerosos aventureros europeos que vivían en los puertos de la India.

Habían llegado al corazón del Nepal en caravanas, disfrazados de negociante de diversas nacionalidades; nadie les había molestado.

Tras ellos seguía su convoy; contenía ocultos en fardos de mercancías, fusiles de tiro rápido y cartuchos, para armar á los mejores soldados del Nepal.

El rajah pasó revista al batallón compuestos de hombres determinados; sintió el colmo de la alegría al saber que tres mil de sus soldados recibirían un arma terrible.

A tambor batiente, tremolando al viento la bandera del Transvaal llena de agujeros, el batallón hizo su entrada en la ciudad, donde su presencia causó un entusiasmo extraordinario.

—¿Tu bandera ha estado, por consiguiente en la guerra?—preguntó el rajah á d'Ouessant.

—Es la bandera de los caballeros voluntarios, Sahib,—respondió el ministro. Ha tremolado al viento en tres batallas.

El rey quiso que fuera colocada en uno de los pórticos de su palacio.

VII

La fuga del primo

D'Ouessant estaba verdaderamente radiante de haber salido airoso; pero como ya veremos había una sombra que oscurecía las alegrías del presente.

Se puso manos á la obra.

Todo quedó cambiado en menos de

veinticuatro horas y todos sintieron que un ministro de mano de hierro había empuñado las riendas del gobierno.

Todos los servicios tomaron un impulso vigoroso.

Para organizar el ejército nepaliano, d'Ouessant había escogido, como lugar-teniente, á un boer muy capaz, que había sido oficial de los caballeros voluntarios; pero temía mucho que su primo de Montbrun le hubiera jugado una mala pasada el día del mismo desembarco en Calcuta.

El joven se había apresurado á separar para su bolsillo una gran cantidad del millón que se había hecho depositar por su notario en la sucursal del Banco de Francia, y luego había desaparecido.

D'Ouessant había recibido de él la carta siguiente, dirigida como es de suponer á Sir James:

«Primo mío:

»A quince años te has distinguido, mandabas un cuerpo de tropas y te creabas un nombre. Quieres hacer de mí un ayudante de campo. Quiero probarte que deseo algo más que esto. No te preocupes por mí. Me distinguiré por un golpe de audacia muy sonado y que, si sale bien, me dará mucha gloria.

»Te desea mucho éxito de todo corazón tu primo,

De Montbrun.»

Júzguese del despacho que se apoderó de d'Ouessant.

Con frecuencia pensaba en su primo.

—¿Qué hará?—decía á su lugarteniente. ¿Por qué no me ha pedido un mando y le habría dado un regimiento de caballería?

—Vuestro primo es un boer y habrá concebido algún plan atrevido,—decía el lugarteniente. En vos mismo podéis encontrar la prueba. Tengo la idea de que vuestro primo quiere jugar una mala pasada á los ingleses. Tal vez ha ido á encontrar al rajah de Nizam; acoge muy bien á los europeos que se presentan como oficiales.

—¡Tal vez! Pero lo preferiría aquí, á mi lado.

Y maldecía esa emulación de gloria que había alejado de su lado á su primo, á quien adoraba como á un hermano.

Pero no tardaron en llegar las noticias que esperaba de él.

De Montbrun le enviaba una carta, en la cual le decía que su negocio le iba muy bien, que iba á tener un desenlace magnífico y que estaba más cerca de verle que lo que pensaba.

Nada más.

El portador de la carta decía haberla recibido de un caballero, que le había recompensado muy bien y que le manifestó que el ministro aún le recompensaría mejor, como efectivamente así fué.

Inútil es decir, que esta carta sumergió á d'Oussant en un mar de suposiciones.

VIII

El sitio de Rampeyo

Como ya hemos dicho, el general Simpson había enviado un despacho á lord Vincerster, gobernador interino de las Indias y general en jefe del ejército; en él le anunciaba el grave acontecimiento que estaba pasando.

El lugarteniente comprendió enseguida el alcance; dejó al general de división más antiguo al mando del ejército de treinta mil hombres, que estaba dispuesto á invadir el Nepal, y partió para Rampeyo.

Diez mil hombres estaban destinados en el sitio, efectivo, imponente que rodeaba la ciudadela con un círculo de bayonetas y de cañones.

Lord Vincerster había llevado con él un caballerito seco, nervioso, de lentes de oro, que tenía todo el aspecto de un sabio; se le llamaba Sir Levis.

Fué reunido el Consejo de Guerra al cual presentó lord Vincerster á Sir Levis.

Al recibir vuestro despacho—dijo lord Vincerster al general Simpson—he

hecho saber á todo el mundo que ofrecía treinta mil libras esterlinas á quien me diera un medio práctico de tomar Rampeyo. Sir Levis se ha presentado con una idea y va á explicároslo.

Sir Levis tomó la palabra y dijo:

—Señores, soy ingeniero, encargado de una mina de rubíes por el rajah de Baroda. Vine á Calcuta por negocios y leí el anuncio de lord Vinchester poniéndome enseguida á estudiar la cuestión. En primer término me he preguntado porqué la ciudadela de Rampeyo se ha considerado como inexpugnable; sabéis como yo que es á causa de las escabrosidades de las rocas en cuya cima está construída; además de las dificultades del escalamiento, la artillería de la plaza está dispuesta de suerte que barre por ambos flancos todas las estribaciones, siendo apoyada la metralla por la fusilería. El primer punto del problema sería apagar los fuegos de la artillería enemiga y la fusilería de la infantería. Esto no podéis hacerlo, porque las rocas de Rampeyo tienen ochenta metros de alto lo cual hace que nuestra artillería sea impotente; es dominada, fulminada por la del enemigo. Pero yo tengo el medio de dar á vuestros cañones superioridad sobre los del enemigo.

—¿Cómo?—preguntó el mayor de artillería.

—Por el antiguo medio que permitió

á Cesar tomar Marsella y á los cruzados tomar Jerusalém.

—¿Levantando una torre?

—Una torre sobre una gran terraza. La caballería buscará indios, que convertiremos en zapadores á la fuerza; sus carretas de bueyes serán cargadas de tierra, que se transportará al emplazamiento que designe el mayor de artillería; así podrá formarse una colina artificial.

—Esto es posible, pero el fuego de la plaza nos molestará mucho—dijo el mayor.

—Se trabajará de noche; el tiro será incierto y poco vivo, pues los sitiados no pueden derrochar sus municiones. Cuando la terraza tenga sesenta metros de altura, la haré coronar de una inmensa torre de madera, hecha de troncos de árboles superpuestos, con terraza en lo alto capaz para el emplazamiento de ocho grandes piezas de sitio muy superiores en calibre á las de la ciudadela con un bombardeo que no dejará piedra sobre piedra ni un hombre vivo. De esta manera tomaremos Rampeyo.

—Pero ¿cómo llevaremos los cañones á lo alto de la torre?—preguntó el general Simpson.

—Con una maquinaria muy sencilla.

Y el ingeniero mostró sus planos al mayor de artillería, quien declaró que

podría armarse la torre con una batería formidable y conseguir la victoria.

—Entonces, señores, todo el mundo manos á la obra. Tomada Rampeyo, la reina que duerme será decapitada; la misión de su pretendido salvador ya no tendrá objeto. La insurrección será ahogada al nacer. La clave del problema está en la toma de la ciudadela.

Lord Vinchester veía claro.

—Parto—dijo. Mientras toméis la torre, me apoderaré del Nepal, lo cual consternará y asustará á los rajahs dispuestos á la sublevación.

Un ¡hurra! saludó las palabras de lord Vinchester que se apresuró á volver al campo con una buena escolta.

IX

El ejército del Nepal

D'Ouessant organizaba el ejército del rajah. Este no tenía más que dos mil hombres regulares de á pie y dos mil jinetes también regulares; pero disponía de sesenta cañones arrastrados por bueyes trotones, como los del ejército inglés. Pero el rey tenía más de ochenta mil soldados irregulares.

Karnac hizo escoger entre esos veinte mil de los más aguerridos, y los incor-

poró á los regulares. En algunos días un soldado regular bien enseñado instruye á dos irregulares, los cuales, por lo demás, son muy buenos jinetes y tiradores. Karnac disponía de un mes y en sólo 28 días obtuvo resultados excelentes.

A todos los demás irregulares los envió á hacer guerra de guerrilla tras los ingleses.

Había establecido el ejército en una posición muy fuerte, en una cadena de montañas, delante de Katmandoo, la capital; en ella se atrincheró esperando á los ingleses.

De improviso Karnac recibió la noticia, por una paloma sagrada enviada desde Rampeyo, de que frente á ésta se levantaba una torre desde la cual se reduciría á ruinas la ciudadela.

Era, pues, preciso obrar.

Lord Vinchester contaba con que su adversario descendiera de las alturas para librar batalla, cuando supiera que Rampeyo estaba amenazada; sin duda d'Ouessant quería obtener una victoria y luego correr en auxilio de la ciudadela.

Pero d'Ouessant recurrió á una estratagema.

Reunió 15.000 hombres, casi la mitad de su ejército, y salió con ellos diciendo que iba á hacer levantar el sitio.

Se alejó una etapa y ordenó á todos, soldados y oficiales, que durmieran du-

rante el resto del día, pues se debía hacer una marcha nocturna para acercarse lo más pronto posible á la ciudad sitiada. Pero llegada la noche condujo sin ruido á todo el ejército á la posición abandonada.

Avisado por sus espías de la partida de d'Ouessant, Vinchester creyó que era cierta y se decidió á atacar al día siguiente mismo para aprovechar el supuesto debilitamiento del ejército nepalense. Contaba conquistar la posición, acosar á los fugitivos y alcanzar á d'Ouessant en marcha para aniquilarle entre él y las tropas de Rampeyo.

En cuanto estuvo de vuelta al campo real, d'Ouessant se presentó al rey.

—Sahib—le dijo—si no te arredras, el sol de mañana iluminará una terrible derrota de los ingleses.

—Cuenta con mi valor.

—Te cedo el mando.

—¿Partes?

—Voy á envolver al enemigo con mi batallón de europeos que no ha tomado parte en la falsa marcha. Por correo he enviado aviso á todos los cuerpos irregulares para que esta noche se concentren detrás de los ingleses. Voy á encontrarles con mi batallón y ponerme á su cabeza.

—¡Ah!—exclamó. Eres un gran general.

Y abrazó á d'Ouessant.

Este se puso en marcha con su batallón.

X

La batalla de Katmandoo

D'Ouessant había concebido un plan atrevido; quería aniquilar al ejército inglés y, para ello, envolverle; con su batallón europeo, formando uña, á la cabeza de los irregulares, quería sorprender á los ingleses por la espalda durante el ataque y exterminarlos en gran parte.

Pero este plan ofrecía un peligro: su audacia y la de su batallón.

La lucha comenzó á las seis de la mañana en un amanecer espléndido.

Según la táctica ordinaria de los ingleses, Vinchester formó varias columnas y á la cabeza de cada una de ellas puso un regimiento inglés para arrastrar á los cipayos.

Desde el principio los messorianos tuvieron una gran desventaja; la lucha comenzó con un cañoneo terrible.

Cuando Vinchester supuso haber producido, cosa que era cierta, una gran perturbación moral en el enemigo, hizo redoblar el bombardeo, pero lo concentró contra un gran reducto que se elevaba cerrando el camino más accesible que conducía á las alturas.

Vinchester suponía que este reducto

era la llave de la expedición. Cincuenta piezas de artillería destrozaron el reducto, que abandonaron sus defensores.

Entonces Vincester concentró 10 mil hombres para lanzarlos contra el reducto y dió orden de asalto en toda la línea.

El lugarteniente de d'Ouessant, que éste había dejado cerca del rajah, le hizo comprender que la batalla estaba perdida si el reducto no era recuperado; el rajah se puso á la cabeza de varios batallones y se lanzó al reducto; pero una granizada de balas detuvo á los indios, que se replegaron en desorden mientras la columna inglesa avanzaba formidable.

De pronto, los indios, que habían vuelto la espalda al enemigo, oyeron sonar los tambores y los clarines y vieron un magnífico batallón de marineros de todas las marinas del mundo, salvo la de Inglaterra, que llegaba con la bandera desplegada.

Había allí más de ochocientos hombres y á su cabeza, á caballo, de Montbrun, intrépido y radiante.

Era un refuerzo poderoso, inesperado.

Con su millón, de Montbrun había reclutado todos aquellos marinos, ofreciéndoles una prima por abandonar sus respectivos buques, y un buen sueldo; además, dejó brillar ante su vista la esperanza de recompensas magníficas.

La retirada de los indios se detuvo súbitamente.

De Montbrun saludó al rajah con la espada y entró en el reducto á paso de carga.

Los ingleses se encontraban á trescientos pasos, cansados y jadeantes por una larga ascensión; los marinos, que sabían todos manejar los cañones, cargaron los del reducto con metralla y los apuntaron contra la columna inglesa que fué diezmada por un fuego preciso que produjo terribles daños.

Pero los ingleses continuaron avanzando con hermosa y fría intrepidez.

Entretanto los cien europeos dejados por d'Ouessant, fueron á establecerse en el flanco izquierdo del enemigo, y con tiro rápido y certero le producían terrible daño.

Sin embargo los ingleses llegaron á cincuenta pasos de la trinchera; pero recibieron una tras otra ocho descargas de metralla; Aureng-Zeb, con dos mil jinetes, dió una furiosa carga contra su flanco derecho; los marinos capitaneados por de Muntbrun cayeron á la bayoneta sobre el frente de la columna; en el plano izquierdo la compañía europea cargó también; la columna inglesa bajó las cuestas con gran desorden.

Toda la línea retrocedió.

Doscientos granaderos cayeron bajo las bayonetas de los marinos.

La columna tenía más de mil muertos y dos mil, heridos gravemente.

De Montbrun condujo vivamente á su gente al reducto y el lugarteniente de d'Ouessant aconsejó al rey que reuniera á toda su caballería detrás de las líneas.

Se esperó un nuevo ataque.

Aureng-Zeb corrió al reducto y preguntó en inglés á de Montbrun:

—¿Quién eres?

—¡El primo de d'Ouessant!—dijo el joven.—¿Pero dónde está él?

El rajah mostró una línea de polvo detrás del ejército inglés y dijo:

—D'Ouessant está ahí abajo.

—¡Detrás de ellos!

—Sí.

—Entonces están perdidos.

Vincester resolvió detener la victoria á todo trance, y dió la orden de atacar á fondo por todas partes.

Vincester operaba.

De pronto tras él la nube de polvo indicada por Aureng-Zeb á de Montbrun se acercaba. Súbitamente se oyó gran ruido de armas; d'Ouessant, saliendo del bosque, invadió el campo, atravesándolo, barriéndolo todo por delante é impeliendo á los fugitivos contra el ejército inglés que, cogido entre dos fuegos, fué sobrecogido de pánico y se desbandó. Hubo una carnicería horrible.

La caballería regular é irregular persiguió á los fugitivos derrotándolos

durante toda la noche; diez mil hombres perecieron en la terrible jornada.

D'Ouessant fué á buscar á de Montbrun al reducto; la entrevista entre los dos primos fué de las más fraternales.

—Escucha—díjole d'Ouessant á su primo—te necesito en seguida. Hay que



Súbitamente se oyó gran ruido de armas: d'Ouessant, saliendo del bosque, invadió el campo...

salvar á Rampeyo. Escoje un oficial para que mande en tu ausencia y partamos en seguida.

Se despidieron del rey, comieron rápidamente y se pusieron en camino para Katmandoo, donde se prepararon para la marcha sobre Rampeyo.

Quando el rajah volvió triunfante á su capital, los dos verdaderos vencedores acababan de salir.

XI

**¡Torre, guárdate de
dejarte destruir!**

Mientras el ejército de Vinchester era aniquilado, la torre de Sir Levis subía á ojos vistos; la batería quedó establecida en la cumbre, y pronto debía ser disimulada.

Rampeyo parecía perdida.

En el campo de los sitiadores ocurrió un incidente que fué la diversión de la vida monótona de los oficiales; un rico inglés, Sir Patrick, y su hija, miss Elisabeth, encantadora, aunque de rostro moreno por los viajes, acababan de llegar al campo.

Sir Patrick era un turista que iba siempre en busca de curiosidades seguido de su hija; había oír hablar de la torre de Sir Levis, y había querido ver semejante maravilla.

Después de dar muchos detalles sobre su construcción, Sir Levis concluyó diciendo:

—Rampeyo será tomada antes de ocho días.

—A menos que el enemigo destruya la torre—observó muy tranquilamente Sir Patrick.

—¡Imposible!— exclamó Sir Levis.

La bala se hundió en el tronco de los árboles sin causar daños.

—Pero debe haber otros medios de destrucción—dijo Sir Patrick.

—No he estudiado bien el problema.

—¡Hum! Si yo fuera el enemigo...

—Seríais impotente como él.

—Hagamos una apuesta. Si mañana por la noche os doy en la misma torre la prueba de haber inventado un medio práctico de demolerla, perderéis mil libras; si nó las perderé yo.

—Acepto.

—Pues bien, hasta mañana por la noche. Si no he encontrado nada hasta mañana por la noche, habré perdido.

Sir Patrick se retiró con su hija.

Al día siguiente se presentó casi de noche con un barril llevado por dos hombres, barril que hizo depositar en la habitación.

Despidió á los dos hombres y dijo tranquilamente:

—Ya lo he encontrado.

Sir Levis palideció.

—¡Encontrado! ¡encontrado!—dijo.— Hay que verlo. Veamos ¿qué habéis encontrado?

—¡Esto!—dijo Sir Patrick golpeando el barril.

Tomó una lámpara de minero y alumbró la habitación diciendo:

—¿Veís esta mecha que sale del barril?

—Sí.

—Nada puede apagarla. La enciendo. Y la encendió.

—Nada puede arrancarla — dijo. — Ahora bien, suponiendo que el barril está lleno de pólvora, estallaría y todas las municiones que están debajo de vosotros estallarían y destruirían la torre.

—Sí ¿pero creeréis que seré tan torpe que deje traer aquí un artefacto semejante si estuviera cargado?

—¡Lo está! ¡Soy d'Ouessant!

Y d'Ouessant se precipitó fuera gritando:

—¡Sálvese el que pueda! La torre está minada por el enemigo. ¡Va a estallar!

El efecto fué espantoso.

Soldados de la guardia, artilleros, curiosos, Sir Levis, todo el mundo huyó despavorido.

Y la torre saltó por los aires con un ruido formidable.

Sir Patrick montó en el caballo que le tenía preparado un jinete, y ambos desaparecieron entre el espanto general.

XII

El veneno

Mis Jenny, que no era otra que de Montbrun disfrazado de mujer, había huído.

El y su primo d'Ouessant volvieron al campo del rey del Nepal y desplegaron una actividad asombrosa para formar un ejército regular en las maniobras europeas.

De todas partes acudían voluntarios que d'Ouessant tuvo la idea de incorporar al batallón de europeos y en el de los marinos á razón de dos por uno, por lo cual triplicó el efectivo de sus dos batallones.

A cada batallón europeo se destinaron dos batallones indios, formándose dos regimientos ó una brigada que mandó de Montbrun.

A cada pieza de artillería se destinó un apuntador de marina.

Entretanto llegó al campamento un hombre, un francés, con pretensión de hablar con d'Ouessant.

Este le recibió.

El hombre tenía una cabeza de malicia y una sonrisa falsa; se presentó melosamente.

—¿Quién sois?—le preguntó d'Ouessant.

—Un francés.

—¿Cómo os llamáis?

—José Panissonnat.

—¿Qué queréis?

—Ser vuestro cocinero.

—¿Cocináis bien?

El hombre exhibió certificados.

—¿Cuánto queréis ganar?

—Cuatro guineas al mes.

—Aceptado. ¿Cuándo comenzaréis?

—En seguida, si queréis.

—Bien. Por la mañana, al toque de diana, tomo café con pan y manteca.

—Seréis servido al primer toque de tambor.

—A las nueve, almuerzo.

—Bien, general.

—A las cinco, ceno.

—Muy bien.

El nuevo cocinero hizo maravillas.

Al tercer día, después de haber servido la cena, quemó sus ropas europeas, se disfrazó de mendigo indígena y salió del campo.

Apenas dió doscientos pasos, fué alcanzado y rodeado por los jinetes. Se le ató y llevaronle á la tienda del general.

El preso se arrojó á sus pies.

—¡Levantáos!—díjole.—¿Por qué habéis salido disfrazado?

—Me aburría.

—¡Mientes! Has querido envenenarme. Lo he supuesto desde que te ví. No he querido comer ni uno solo de tus platos. Mi médico los analizaba. En los de esta noche había arsénico.

Luego, añadió fríamente:

—¡Que lo cuelguen de un árbol, delante de mí!

El miserable se resistió en vano; cinco minutos después su cuerpo colgaba de la rama de un árbol.

Batalla de noche

Lord Vincester había reunido refuerzos considerables; tenía cuatro mil ingleses; quince mil cipayos regulares; diez mil irregulares que diferentes rajahs vasallos habían suministrado.

Con su hermosa artillería se sentía fuerte.

Además, había adquirido prudencia.

Su plan era tener posiciones frente al enemigo, acosarle y obligarle á atacar, lo cual le daría la ventaja de la defensiva.

Condujo á su ejército hacia el Nepal y llegó frente al campo de d'Ouessant.

Este ocupaba una altura formidable.

Después de una inspección, Vincester, se dijo:

—Me costará trabajo hacerle salir de ahí; pero veré de obligarle.

Durante dos días hubo inútiles escaramuzas; pero d'Ouessant no se movía.

El tercer día, Vincester simuló un ataque general y una retirada precipitada.

Inútil stratagema.

La tercera noche llovió; la luna se ponía á las once de la noche.

Los fuegos del campo de d'Ouessant brillaban con vivos resplandores; debían

tener bien montada la guardia, pensaban los ingleses.

Se equivocaban.

A las tres, abandonando sus tiendas, la masa del ejército había bajado por detrás de la posición que ocupaba y había operado un movimiento envolvente, disimulado primero por las alturas y luego por la noche.

Sólo las avanzadas permanecían en presencia del enemigo.

El ejército de d'Ouessant se encontraba, hacia las once de la mañana, detrás del ejército enemigo.

Entonces, habiendo dispuesto sus regimientos por columnas cerradas, compactas, d'Ouessant destacó *doscientos extranguladores* preparados de antemano, los cuales, tan bien cumplieron su cometido que, en menos de dos horas, extrangularon á todas las avanzadas que hacían frente á la columna.

Entonces, ésta avanzó. Era una masa terrible y sombría, silenciosa, formidable.

La columna llegó al campo y penetró en él á paso de carga, devastándolo todo por delante.

Había prohibición de hacer un sólo disparo; todo debía ir á la bayoneta.

Una vez en el centro del campo, la columna se dislocó, y cada batallón cargó con furor contra las tropas inglesas,

que corrían sin armas; fué una ejecución espantosa de soldados desarmados.

Júzguese del efecto moral producido por esta invasión en un campo en mitad de la noche, por aquellas acometidas brutales, sangrientas, irresistibles, de regimientos en columnas, cayendo sobre soldados que salían de las tiendas en desorden.

Todos huían, abandonándolo todo.

La artillería, el parque, el tren, casi todos los fusiles, cayeron en poder del vencedor. ¡Tres mil cadáveres atestiguaron á los rayos del sol levante las pérdidas espantosas del enemigo! Se recogieron más de dos mil heridos; la caballería hizo prisioneros á otros dos mil.

Era para el ejército inglés una derrota que le ponía en la imposibilidad de reanudar la lucha durante mucho tiempo.

El ejército del Nepal celebró su victoria con un entusiasmo tanto más vivo cuanto las salvas se hacían con los mismos cañones del enemigo.

XIV

La torre de Babel

La noticia de la derrota de los ingleses llegó al campo de los sitiadores de Rampeyo y causó un profundo descorazonamiento, casi un pánico.

El ejército estaba en marcha para atacar y sin duda aplastaría á los ingleses.

El general Simpson no tenía más que un partido que tomar, y lo tomó: el sitio fué levantado con gran desesperación de sir Levis, cuya torre había sido reedificada y tocaba ya á su término.

—Señor ingeniero—dijo el mayor de artillería—vuestra torre queda inacabada, como la de Babel.

La frase cayó en gracia.

Aún pueden verse las ruinas del edificio; en la India entera se les llama:

LA TORRE DE BABEL

XV

Desenlace

D'Ouessant llegó con sus dos batallones de europeos delante de Rampeyo libertada, y escaló las cuevas montado sobre Djerid.

Delante de la puerta, llevada en palanquín, Nedella, joven, viva y maravillosamente hermosa, le esperaba enternecida; el vencedor se le apareció con todos los esplendores de la gloria.

El matrimonio se celebró en seguida entre salvas de cañón. De esta suerte

Luciano d'Ouessant se convirtió en rajah de Messorah. No describiremos las fiestas espléndidas que tanto ruido metieron y de las que todo Asia habló con admiración; el lujo oriental desplegó en ellas sus magnificencias.



Nedella, joven, viva y maravillosamente hermosa, le esperaba enternecida...

El rajah del Nepal, un virrey chino, gobernador del Penir y del Tibet, un gran lama de la ciudad Santa de Lahassa, muchos príncipes indios, asistieron á ellas y formaron en honor de los casados un cortejo espléndido y pintoresco.

Las fiestas duraron un mes entero. Cuando siguió á ellas la calma, d'

Ouessant, de acuerdo con los magos, sin brusquedades ni sacudidas, muy inteligentemente, operó profundas reformas en bien del principado, uno de los más prósperos de las Indias.

Todo el mundo bendijo el nombre del rajah y de la *Reina de las Nieves*.

El ejército fué reorganizado sobre el modelo del francés, dándosele oficiales aptos escogidos entre los voluntarios de Montbrun y d'Ouessant.

Por eso se habla en Asia con respeto y admiración del rajah Sahib Ouessant.

Y, sin embargo, abdicó.

La vida india no se conformaba con su actividad; su obra estaba acabada, y, como decía, llevaba la vida de un rey holgazán.

Su primo, de Montbrun, general de su ejército, comenzaba á aburrirse considerablemente.

—A estas horas,—dijo—he añadido, gracias á la magnificencia del rajah reconocido, seis millones á los tres que ya poseía. Pero París me falta y estoy ya cansado de la India.

D'Ouessant pensaba lo mismo.

Habían hecho á la reina Nedella un cuadro de París que había cautivado á la joven; también ella gemía por las maravillas de la capital del mundo.

Al fin consintió en abdicar de hecho.

Uno de sus tíos fué nombrado regente y anunció que partía para visitar

Curcha y Francia, prometiendo no estar ausente más de seis meses.

La reina, d'Ouessant y Montbrun salieron del reino sin ruido, sin que nadie se enterara; viajaron como simples particulares en una caravana. Les esperaba un vapor que les trasladó á Marsella, y desde allí fueron á París.

Desde entonces en el teatro y en los salones, París ha podido admirar á la *Reina de las Nieves* por muchos llamada la hermosa del Bosque Durmiente, en recuerdo de su largo sueño letárgico en un féretro, enterrada bajo las higueras de Rampeyo.

FIN.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Un punto de ciencia	5
El primo	11

PRIMERA PARTE

Un desastre.	25
Los funerales	34
Enterrada viva.	42

SEGUNDA PARTE

El fakir en el ataud.	45
El caballo salvaje	52
A Rampeyo.	55
La huída	61
¡Este excelente Sir James!	63
La corte del Rajah del Nepal	67
La fuga del primo	76
El sitio de Rampeyo	79
El ejército del Nepal	82
La batalla de Katmandoo	85
¡Torre, guárdate de dejarte destruir! .	90
El veneno	92
Batalla de noche	95
La torre de Babel	97
Desenlace	98

Colección Mundial

Julio Verne

UN DRAMA EN LOS AIRES



Ediciones «Bauzá»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

